

Acerca de La Violencia de los años cincuenta

•

Daniel Pécaut

Acerca de La violencia de los años cincuenta

Daniel Pécaut

A. Tratándose de un fenómeno de la magnitud del fenómeno de "La violencia" de los años cincuenta, un investigador cualquiera podría sentirse tentado a buscar las "causas objetivas" que han podido dar lugar a un resultado de tal naturaleza. Causas objetivas, es decir causas que pertenecen a otro orden de realidad, diferente al orden de las conductas y de las representaciones de los actores. De esta manera, y durante mucho tiempo, se ha hecho referencia a "causas" económicas, como son por ejemplo la lógica del proceso de acumulación capitalista, el proceso de concentración de la propiedad de las tierras, etc.

Si con lo anterior se quiere afirmar que La Violencia surge dentro de un determinado contexto social, no es posible objetar dicho procedimiento de análisis: es obvio que La Violencia no surge de un vacío social. Otra cosa muy distinta es asumir la existencia de "factores objetivos" y hablar en términos de causalidad. Los estudiosos de las revoluciones como Eric J. Hobsbawm en Inglaterra, o François Furet en Francia, han resaltado en los últimos años, el peligro que se deriva del hecho de atenerse a explicaciones "deterministas" o "causales". Han señalado en particular tres razones: 1) Los fenómenos de movilización social, revolucionarios o no, remiten a relaciones sociales: no se puede dar el salto, de manera simple, de supuestas causas económicas a fenómenos sociales; 2) El contexto "social" o "económico" no constituye un dato por sí mismo: no se puede entender por fuera del proceso de constitución de dicho contexto, es decir, del proceso de movilización social y de los conflictos sociales. No existen "causas objetivas" por fuera del trabajo de construcción que se va llevando a cabo a través de la dinámica de las relaciones sociales mismas; 3) Procesos sociales de tal magnitud van a la par con el surgimiento de una representación de lo social. La Revolución Francesa no es sólo el proceso de consolidación del poder de la burguesía: es una nueva manera de concebir lo político y lo social.

B. Estas observaciones adquieren aún un mayor sentido cuando se trata de un fenómeno de las características de La Violencia en Colombia, en el cual se presentan una serie de manifestaciones supremamente heterogéneas entre sí: luchas partidistas, luchas por la apropiación de la tierra (con rasgos diferentes de acuerdo a las regiones, según se trate de regiones de colonización, de regiones donde coexisten latifundios y minifundios, etc.), desplazamientos masivos de población, bandolerismo social y político, auto-defensa campesina. En este caso nos encontramos frente a un conjunto de procesos bastante diferenciados. La unidad misma de estos fenómenos es problemática y más aún, la posibilidad de construir una narración histórica de todo el conjunto de los fenómenos de violencia, dado el carácter específico de sus manifestaciones. A esto hay que agregar el hecho de que los diversos actores, y de manera más general, los hombres de la época, insisten en referirse a algo común que ellos mismos designan con el nombre de "Violencia". Sin embargo, existe una gran dificultad para conceptualizar en qué consiste ese algo común.

Rechazar las "explicaciones causales", con el argumento de que se trata de referencias a fenómenos no sociales, implica para el investigador el esfuerzo por dar cuenta de la percepción que los actores construyen de sus actos, de la manera como éstos tratan de dar sentido a su experiencia, y de hacer el intento por comprender de qué se trata ese algo común que se encierra bajo la denominación de "La Violencia".

C. Para el investigador existe siempre el recurso de intentar establecer una continuidad con los fenómenos del pasado. No han faltado las tentativas por demostrar que La Violencia se inscribe en línea de continuidad con las guerras civiles del Siglo XIX o con los conflictos agrarios de los años 1925-1935. Es indudable que existen algunas formas de continuidad con los hechos mencionados. No obstante el problema subsiste, ya que se trata de saber por qué, en un momento dado, vuelven a resurgir los antiguos conflictos. Pero no se pueden desconocer tampoco las innumerables discontinuidades. Como lo ha señalado Malcom Deas, no se observan en La Violencia las mismas formas de organización que en las guerras civiles del Siglo XIX¹. De manera similar, es conocido el hecho de que La Violencia se presenta en muchas regiones en las cuales los conflictos agrarios habían tenido expresiones muy limitadas, como es el caso del antiguo Caldas. Es por ello que consideramos necesario subrayar la discontinuidad existente en muchos aspectos entre La Violencia y los fenómenos anteriores.

D. Reflexionar sobre ese algo común que constituye La Violencia no nos autoriza a ignorar las estrategias intencionales de los diversos actores que en ella toman parte. Por el contrario, este último debe ser el punto de partida. Podemos identificar diversos tipos de estrategias intencionales: de carácter político en el llamado que hacen los miembros del personal político; de carácter económico en la actuación en algunos casos de miembros de las élites económicas, o de numerosos intermediarios, como los fonderos o los mayordomos del Quindío, en muchos otros casos; de carácter social, en el esfuerzo por aplastar organizaciones populares cuando éstas existen. Este presupuesto constituye un punto de partida esencial. No obstante, podemos constatar igualmente la limitación que se deriva del hecho de insistir de manera exclusiva sobre estas estrategias intencionales.

¿Hasta qué punto, sobre la base de estas estrategias individuales, podríamos concluir en la existencia de actores colectivos, de tal forma que La Violencia pueda ser interpretada como un conflicto político o social, con líneas de demarcación bien establecidas? O por el contrario estamos más bien en la obligación de reflexionar sobre este fenómeno social, limitándonos al hecho de que muy a menudo estas estrategias aparecen más bien como el resultado de la actuación de grupos limitados, o aún de individuos? Regresamos así una vez más a la dificultad que se deriva de pasar del plano de las estrategias intencionales al análisis global de "La Violencia".

Al lado de las estrategias intencionales, comprobamos la presencia de "efectos agregados" que se derivan de las diferentes estrategias y que escapan a cualquier intencionalidad. Sabemos, y Darío Fajardo lo ha analizado en el caso de Chaparral², que los procesos de violencia fueron en muchos casos "disfuncionales" (si podemos hablar así), para los intereses de los grandes propietarios. De igual manera, podemos constatar que las estrategias conservadoras conducen al partido conservador a una crisis muy fuerte, hasta tal punto que el poder de Laureano Gómez no logra consolidarse nunca de manera estable. Comprobamos también, y sobre todo, los efectos de desorganización que tuvo La Violencia sobre muchos sectores, no solamente el campesinado, sino igualmente sobre los mismos sectores que impulsaron estrategias particulares. De una cierta manera, este tipo de constatación se convierte en un aspecto fundamental en el análisis de dicho fenómeno: el hecho de tomar en consideración todo lo que escapa a las estrategias intencionales.

Por último, es necesario constatar que las estrategias intencionales, no alcanzan a dar cuenta de aquello que de manera permanente se presenta como un *exceso* en el fenómeno de La Violencia. A través de las estrategias intencionales no es posible explicar las numerosas matanzas, ni el hecho de que éstas revistan tales características, es decir, que se lleven a cabo en un contexto particular en el cual van acompañadas de ritos y de formas simbólicas de matar. La tarea del investigador consistiría en llegar hasta este punto, y analizar la manera cómo La Violencia se auto-alimenta y se reproduce por sí misma, más allá de objetivos muy definidos, y la forma como promueve igualmente el surgimiento de símbolos, etc. En síntesis, quedaría por analizar en qué consiste la violencia de "La Violencia".

En las consideraciones siguientes, queremos plantear tres puntos:

1. La Violencia está en relación con la imposibilidad de consolidar la concepción de un orden social unificado.
2. La Violencia está en relación con la irrupción de una nueva representación de la división social y política, que surge a través del laureanismo y del gaitanismo.
3. La Violencia está en relación con el hecho de que tanto lo social como lo político tienden a descifrarse bajo el signo de la dialéctica "amigo-enemigo" para utilizar los términos del jurista alemán Carl Schmitt.

Tratándose pues de un tipo de análisis de esta naturaleza, es claro que pondremos el énfasis sobre las representaciones colectivas e individuales. Una vez más, tratándose de un fenómeno de tal magnitud, al igual que en el caso de una revolución, no se puede prescindir de este nivel del análisis. Esto no quiere decir sin embargo que se deje de lado una consideración sobre las relaciones de fuerza que están en el trasfondo del fenómeno en cuestión: más adelante tendremos oportunidad de volver sobre sus formas. Sin embargo, es necesario tener en cuenta tanto la sucesión de estas relaciones de fuerza como las relaciones de fuerza mismas.

Es necesario agregar además, que cuando hablamos de representaciones, no hacemos mención necesariamente a puras "representaciones mentales". Nos referimos igualmente a las representaciones que se construyen sobre la base de las formas de actuar cotidianas o habituales. En los momentos de crisis agudas las revoluciones generan fenómenos de crisis agudas en el orden de acción, que no son separables del orden de la representación.

1. **Primera afirmación.** La Violencia está en relación con la imposibilidad de consolidar la concepción de un orden social unificado.

¿Por qué hablar de la concepción de un orden social unificado? Porque en todos los países de América Latina aparece de manera recurrente la duda acerca de la posibilidad de construir un orden de tal naturaleza, es decir, sobre la posibilidad de lograr una unificación de la sociedad. El problema surge en los años ochenta del siglo pasado (el dilema de civilización o barbarie de Sarmiento), alrededor de 1905, en los años veinte de este siglo y siguientes. Si el problema surge de esta manera periódica, es a causa de la comprobación de un hecho que las élites llevan a cabo: a pesar de todos los cambios la sociedad sigue desarticulada, compuesta por sectores de población difícilmente integrables. Por lo demás, estas mismas élites no puede acudir a las ficciones que en Europa o los Estados Unidos, ayudaron a imaginar que lo social esta por sí solo —es decir de manera independiente del Estado— dotado de una consistencia propia, cualquiera que sea su fundamento: la idea de un mercado autorregulado, de una sociabilidad democrática, de una voluntad general o de una revolución social. Nada de esto ocurre en América Latina.

No es evidente cómo sería posible atribuir a lo social la posibilidad de una auto-organización. Son conocidas las lamentaciones de los pensadores colombianos de los años 1850 sobre la ausencia de una verdadera sociedad; las mismas lamentaciones aparecen en la generación de 1900; en los discursos de Laureano Gómez en 1928 aparecen referencias al mismo tema, es decir, a la imposibilidad de construir una nación con una población compuesta por indios, por negros o por campesinos que no han entrado aún en la era de la civilización.

A partir de 1920, y más aún a partir de 1930, podemos observar que en varios países de América Latina como por ejemplo Brasil, México y Argentina incluso, surgen sectores sociales convencidos de que es tarea del Estado, desde arriba, instituir la unidad de lo social. Estos sectores no pertenecen generalmente a las élites económicas: se trata de intelectuales o de militares en el Brasil; de miembros de la familia revolucionaria en México, de teóricos como Mariátegui o Haya de la Torre en el Perú.Cuál sería entonces la manera

como el Estado podría desde arriba unificar a la sociedad? A partir de 1930 se impone la convicción de que el único camino es la intervención en el terreno de las relaciones sociales, a través de la regulación de las relaciones entre el capital y el trabajo y a pesar de las resistencias de las clases dominantes. El intervencionismo social se convierte de esta manera en el camino a través del cual el Estado puede llegar a convertirse en el representante de la Nación, por encima del juego de intereses contrapuestos, y la sociedad llegar a un cierto grado de organización. Los dirigentes de estos países derivan su inspiración tanto de los regímenes fascistas europeos como de las políticas keynesianas.

Todo ello no implica que se produzcan necesariamente cambios sustanciales en las condiciones de las clases populares. Implica solamente la construcción de una representación orgánica de lo social o como diría Luis Dumont, la primacía de una visión holista de lo social. Todo este proceso va acompañado en estos países por la construcción de mitos unificadores. Todos estos pensadores están a la búsqueda de las "raíces" de la nacionalidad en el pasado pre-hispánico, afirman la homogeneidad de la nación a pesar de sus diversos componentes, y sugieren toda clase de mitos del origen.

En el caso de Colombia, conviene preguntarse: ¿qué acontece en estos años? Observamos un cierto esfuerzo, sobre todo durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo, por colocar al Estado, por medio del intervencionismo social, en el papel de representante de la Nación. Sin embargo, este esfuerzo tiene alcances muy distintos con respecto a lo que son las medidas de un Getulio Vargas o de un Lozano Cárdenas. El intervencionismo social permanece dentro de marcos muy estrechos. No existe, antes de 1944-1945, una nueva legislación social con algún grado de significación: la institucionalización de las relaciones sociales es muy limitada, al igual que la capacidad del Estado para asumir la representación de la Nación por encima de los intereses privados.

La situación no se circunscribe solamente a estos dos aspectos. La imagen misma de la Nación como Nación unificada sigue siendo muy precaria. Nos encontramos aquí con el problema de la existencia de los dos partidos políticos tradicionales, o mejor aún, de las dos subculturas políticas que existen en el país. Como caso muy excepcional constatamos que en Brasil no existen partidos nacionales, y que en México se va constituyendo en esta misma época un solo partido de gobierno. ¿Cuáles son en Colombia los efectos de la separación entre dos subculturas políticas?

En primer lugar por supuesto, la adhesión a una cierta visión democrática, por contraposición con una visión orgánica de lo social, siempre y cuando entendamos por democracia la competencia de los partidos por la apropiación del poder. Pero igualmente una concepción de la democracia muy poco institucional, ya que las instituciones en un cierto nivel, sólo aparecen como la expresión de una correlación de fuerzas. Todo ello como resultado de que el proceso de institucionalización democrática permanece a mitad del camino. No podría ser de otra manera teniendo en cuenta que la división entre las dos subculturas políticas no es vivida como el producto de la escogencia individual de cada uno de los ciudadanos, sino como una separación dada de una vez por todas: parece como si antes de cualquier proceso de institucionaliza-

ción política, ya el cuerpo social estuviera repartido entre los dos grupos políticos. De esta manera, lo político se fundamenta en una separación que se puede calificar de pre-política, o en sistemas de adhesión colectiva. En el marco de estas condiciones queda muy limitado el significado de la democracia, más aún cuando el voto no es considerado como el instrumento capaz de dar legitimidad al poder. Si el voto se presenta como el resultado de una correlación de fuerzas, cualquier poder que se adquiera por su mediación aparece como un poder de hecho, con una legitimidad sumamente dudosa. De manera más general, en todo momento el poder había encontrado su fundamento en una correlación de fuerzas: aún en los casos en los cuales se llevaban a cabo acuerdos entre los partidos, estos acuerdos no lograban ocultar una situación de fuerzas que prevalecía.

En estas condiciones mal podría el Estado construir la pretensión de representar al conjunto de la Nación. Esto supondría la posibilidad de referirse a *un pueblo*: Pero no hay *un pueblo* sino *dos pueblos* con sus respectivas culturas políticas opuestas. No es pues el resultado de la pura casualidad el hecho de que en Colombia no se observen mayores esfuerzos por elaborar mitos nacionales unificadores, o por buscar los orígenes de la Nación. Todo ello por supuesto está en relación con la ausencia casi completa de sectores intelectuales o militares poseedores de una cierta autonomía con respecto a los partidos políticos o a las altas esferas económicas.

¿Cuál es la relación de todo lo anterior con el problema de La Violencia? En nuestra opinión la siguiente: si bien en un determinado momento se llega supuestamente a una institucionalización de las relaciones sociales y de la democracia, comprobamos al mismo tiempo que la primera no pasa de ser un proceso muy superficial, que no alcanza a convertirse en una verdadera regulación de las relaciones sociales, y que la institucionalización de la democracia se lleva a cabo bajo la convicción de que existe una división insuperable en el cuerpo social, de que no existe una verdadera legitimidad, y que todo poder está fundamentado en una correlación de fuerzas. En otras palabras, a pesar de las transformaciones, tanto lo social como lo político aparecen atravesados por conflictos que no pueden ser realmente institucionalizados.

Es evidente que todo lo anterior está en relación con las condiciones socio-económicas en que se inscribe la coyuntura de los años treinta en Colombia. En la medida en que no podemos desarrollar aquí este tema, nos limitamos con señalar que durante este período no se produce una crisis del sector exportador como ocurre en otros países de América Latina. Este último logra mantener su papel de eje en el conjunto de las élites económicas e imponer la conservación de un estilo muy liberal de desarrollo, con interferencia muy reducida del sector estatal. El bajo grado de institucionalización de las relaciones sociales no es sino el efecto de este estilo de desarrollo.

Por último es necesario observar que en su conjunto estos fenómenos implican una separación muy grande entre el plano social y el plano político. Existen por un lado luchas campesinas o situaciones sindicales sin expresión política. Existen por otro lado sectores como la CTC, que reivindican una representatividad social, pero que de hecho sólo son actores políticos, comprometidos sobre todo en la política electoral. Esta separación constituirá a su vez un elemento de La Violencia.

De esta manera se comprueba hasta qué punto la situación colombiana está muy lejos del proceso de construcción de la imagen de un Estado-Nación o de una sociedad simbólicamente unificada.

2. Segunda afirmación. La Violencia está en relación con la irrupción de una nueva representación de la división social y política, que surge a través del laureanismo y del gaitanismo.

Con esta idea nos ubicamos en la coyuntura de 1945-1948. La hipótesis que queremos sustentar consiste en postular una relación entre los temas promovidos por el gaitanismo y por el laureanismo y los comienzos de La Violencia.

Debemos comenzar por precisar de antemano el significado de esta hipótesis. No pensamos, a diferencia de Hobsbawm, que La Violencia sea la consecuencia de una revolución fracasada, en este caso la revolución que habría intentado el gaitanismo. No consideramos que el gaitanismo haya sido un movimiento revolucionario, sino un movimiento que logró llevar hasta sus últimas consecuencias la separación entre lo social y lo político.

Tomemos como punto de partida a este respecto una anotación del filósofo francés Claude Lefort acerca de la Revolución Francesa. Según este autor una revolución no es solamente el efecto de la exacerbación de las contradicciones entre grupos sociales representantes de intereses diversos. La revolución supone igualmente el derrumbamiento de la eficacia simbólica del poder, y por consiguiente que "los puntos de referencia de la situación común, los puntos de referencia de la representación que anteriormente permitía aprehender esta situación como natural (por penosa y conflictual que fuese) hayan vacilado, que se puedan al menos vislumbrar otros puntos de referencia"³.

Esta mención al texto de Lefort puede permitirnos plantear el problema que surge en 1945. En este momento se presenta una movilización inaudita de los sectores populares impulsada por el movimiento gaitanista. No obstante, hasta qué punto esta movilización implica una modificación de los marcos de referencia dentro de los cuales se conformaban las representaciones políticas?

Consideremos para comenzar la lógica del gaitanismo ¿cuál es el sentido que en el marco de este movimiento se puede dar a la oposición pueblo-oligarquía? ¿Cómo entender las famosas frases según las cuales la oligarquía es quien lo tiene todo y el pueblo es quien no tiene nada? En apariencia esta oposición tiene un significado social. No obstante son muchos los textos que permiten ver cómo, en los discursos gaitanistas, oligarquía no es un concepto social sino un concepto político: hace referencia a los políticos que se apropian del poder. En este punto encontramos un núcleo de convergencia con Laureano Gómez.

Conviene igualmente preguntarse por el contenido social de este concepto. No se refiere de manera alguna a la oposición entre sectores populares organizados, con intereses propios y sectores dueños de los medios de producción.

Muy por el contrario, es fácil comprobar cómo el movimiento gaitanista contribuye, al igual que el gobierno conservador o las élites liberales, a debilitar las organizaciones sindicales existentes, atacándolas directamente por ser consideradas como agrupaciones manipuladas tanto por el partido comunista como por el partido liberal oficial. En otros términos, el gaitanismo contribuye a la quiebra de las pocas formas de regulación social que existen en ese momento.

Por consiguiente no se puede entender por pueblo a los sectores organizados. Pueblo, para Gaitán, es quien no tiene todavía una existencia política ni tampoco una presencia social estable. Pueblo es quien se mantiene aún por fuera de la órbita de la civilización y de la cultura. Cuando Gaitán afirma que el problema social no hace referencia a problemas de salarios o de prestaciones sociales, sino a problemas de salud y de desnutrición —lo mismo dicen Alberto Lleras y Ospina Pérez— abre una perspectiva nueva en un triple sentido:

En primer lugar, establece una separación radical entre lo social y lo político: el pueblo aparece desposeído de cualquier existencia política propia que sólo logra alcanzar a través de la mediación que le ofrece el líder, que habla a nombre de un pueblo mudo. De esta forma en la evolución del gaitanismo, tanto en la reorganización de sus filas como en el hecho de ponerse a la cabeza del partido liberal en 1947, no se trata solamente de la evolución personal del líder: es el índice de la distancia entre lo social y lo político.

En segundo lugar, define una oposición entre el pueblo y las oligarquías que no alcanza a constituir un conflicto: se trata más bien de la separación absoluta entre dos mundos. Un conflicto supone la existencia de un campo común entre dos adversarios, como es el caso del conflicto entre obreros y capitalistas en el cual los dos adversarios luchan por el control de la lógica del capitalismo. Totalmente diferente es la representación de lo social como dos mundos separados: ¿Cuál es en este caso la modalidad que asume la relación entre dos mundos separados? La conciliación, por supuesto, mientras exista el jefe que tiene el secreto para establecer, por su cuenta, una organización social capaz de poner fin a la separación social. Esta organización, tal como la presenta Gaitán en sus discursos, tiene de hecho muchos caracteres corporativistas. Aquí nos encontramos con otro punto de convergencia con Laureano Gómez.

En ausencia de la conciliación, la otra modalidad que asume esta separación radical es potencialmente la violencia. Tratándose de un pueblo sin conciencia política, ubicado en una situación de separación social radical, dentro de la cual no existe manera de dar forma a lo social, la única manera de resolver el problema de la constitución de lo social será en el terreno de los enfrentamientos "salvajes" por oposición a los conflictos organizados.

Ahora bien, esta percepción de lo social como lo social desorganizado es lo que prevalece contra la mayoría de las élites, de un partido y del otro. Y lo será más aún después del 9 de abril, cuando "la chusma" deja de ser un mito para convertirse en una realidad.

Es obvio que esta percepción de lo social no deja de tener consecuencias en el plano político. La agudización de la pelea entre los dos partidos sólo puede entenderse con relación a este tipo de concepción de lo social. De ambos lados, se trata ante todo de construir un sistema de protección contra la irrupción de las masas ciegas. En el caso del partido conservador se busca la formación de un nuevo orden social autoritario y basado en lo religioso.

De esta manera podemos llegar a las siguientes conclusiones:

Primero: A mediados de los años cuarenta vuelve a plantearse, con mayor agudeza todavía que en 1928-1930, el problema de la conformación de un orden social. La representación de lo social como algo desprovisto de toda forma no es sino la manera de apuntar de nuevo a la necesidad de fundar desde el principio el orden social. El proceso mismo de institucionalización limitada de lo social que se había estado produciendo de 1930 a 1945 entra en crisis.

Segundo. Tanto el populismo como el laureanismo contribuyen a que en este momento lo social sea interpretado en términos de violencia.

Tercero. Frente a la quiebra del proceso de institucionalización anterior, desaparece aún más la referencia a una imagen de la unidad social. El único camino de identificación colectiva que subsiste es el ofrecido por los dos partidos políticos. De allí se deriva una vez más la disociación entre lo social y lo político con todo lo que ello implica en términos de imposibilidad de reestructuración para los actores sociales. De allí se deriva igualmente el enfrentamiento creciente entre los dos partidos como única forma para encauzar la movilización popular.

Cuarto. Debido a la quiebra de las organizaciones populares urbanas, y a pesar de la influencia cada vez mayor de los grupos urbanos sobre el control de la economía (inclusive cafetera), la escena socio-política puede desplazarse hacia el campo, donde el personal político tiene recursos políticos propios.

Es así como en 1948 y a pesar de que los marcos políticos tradicionales se mantienen (los partidos políticos) —lo que siguiendo a Lefort nos indica que se trata de algo muy distinto a una situación revolucionaria— se dan las condiciones para que la violencia aparezca, no solamente como un conjunto de hechos materiales, sino también como la modalidad que define tanto lo social como lo político.

Es claro que hemos dejado de lado aquí una consideración acerca del contexto general que permite esta evolución. Lo que es más importante de resaltar es el fortalecimiento de los gremios que, lejos de padecer la violencia, la aprovechan para aumentar su influencia, sobre todo después de 1949 cuando llega la hora de la bonanza cafetera. Se trataba de las mejores condiciones económicas que se habían presentado en Colombia, según el parecer de Cripriano Restrepo Jaramillo, Presidente de la ANDI, como de Alfredo García Cadena, Presidente de la SAG.

3. Tercera afirmación. La Violencia está en relación con el hecho de que tanto lo social como lo político tienden a ser descifrados bajo el signo de la dialéctica "amigo-enemigo", según los términos de Carl Schmitt.

En las páginas anteriores hemos considerado la manera cómo dentro del conjunto de fenómenos que conforman La Violencia, las estrategias individuales de grupos o de individuos, de políticos o de sectores vinculados con el manejo de la economía, desempeñan un papel fundamental. No volveremos sobre este aspecto que ya ha sido establecido y que damos por conocido.

Si queremos ir un poco más allá de lo anterior, con el objetivo de dar cuenta de aquello que aparece como exceso en relación con estas estrategias individuales, y de los efectos no previstos en el conjunto de las estrategias instrumentales, es necesario en nuestra opinión tomar en consideración otro nivel del análisis.

¿Qué significado tiene la dialéctica "amigo-enemigo" formulada por Carl Schmitt en su trabajo sobre la "esencia de lo político"? Con el fin de aclarar nuestro problema cito al autor mencionado: "La dialéctica "amigo-enemigo" significa enfrentamiento con un enemigo del cual nada se puede decir salvo que "él es el otro, el extranjero, y que basta para definir su naturaleza que este enemigo aparezca en su existencia misma, como este ser otro, extranjero, de tal manera que los enfrentamientos no puedan ser resueltos ni por un conjunto de normas generales establecidas por adelantado ni por la sentencia de un tercero considerado como ajeno al conflicto e imparcial"⁴.

Esto quiere decir que la dialéctica "amigo-enemigo" hace referencia a la representación de una realidad en la cual no es posible postular la existencia de un espacio común entre los adversarios, y en la cual el enemigo se presenta bajo el rostro único de un "otro" absoluto. Esto es lo que en términos psicoanalíticos se podría caracterizar como una relación dual, ante la ausencia de una instancia simbólica.

¿En qué podría ayudarnos esta referencia de Carl Schmitt para el estudio de La Violencia en Colombia? Nos ayuda precisamente a pensar aquella situación en la cual el otro, social o políticamente definido, aparece de manera absoluta como un "otro" radicalmente extranjero.

Dicho en otros términos: cuando La Violencia alcanza su mayor intensidad, ya no es posible tomar como algo obvio la oposición "liberal-conservador" o los enfrentamientos entre grupos dominantes y grupos dominados.

Con respecto a la oposición "liberal-conservador" podemos anotar que no es difícil comprobar la manera como esta va perdiendo todo contenido conceptual para limitarse a representar la lucha a muerte entre las dos comunidades políticas. Los conservadores pueden seguramente afirmar que los liberales son comunistas, ateos, bandoleros, etc., pero ello no es suficiente para definirlos desde su punto de vista. Nosotros creemos que es necesario tomar en serio la manera como Laureano Gómez o Monseñor Miguel Ángel Builes hacen la asimilación del partido liberal con un monstruo —el famoso basilisco— o la presentación que el primero de éstos hace del 9 de abril como un "matricidio". Esto indica claramente la forma como los actores se colocan

por fuera de lo político constituido, para alcanzar un trasfondo arcaico en el cual ya no se trata de una relación humana, sino del fondo "monstruoso de lo político.

Algo similar podría afirmarse con respecto a la denominación del adversario social: "chusma", "bandoleros", etc. Estas designaciones apuntan igualmente a un nivel en el cual el adversario es ubicado por fuera del espacio del mundo civilizado humano.

No es por casualidad que en ambos bandos, tanto conservador como liberal, aparecen procesos de estigmatización del "otro", utilizando categorías raciales, o, en el mejor de los casos, regionales. En su discurso de posesión Laureano Gómez alude a los orígenes salvajes de la población. Los liberales, en su memorial de agravios de 1949, hacen referencia a la población de "El resguardo", vereda boyacense del municipio de Chita, y consideran que la violencia conservadora proviene de "indígenas bárbaros y crueles"⁵. Eduardo Franco Isaza en su libro "Las guerrillas del llano" designa muy a menudo a los conservadores como "los indios". Esta estigmatización es aún más fuerte en zonas donde la población es considerada como "indígena" como es el caso del sur del Tolima. Estos procesos de estigmatización expresan de manera muy clara la manera cómo el enemigo es definido en términos de un "otro" radical, y los modos de exclusión propios de La Violencia.

Es necesario añadir dos aspectos a la formulación de Carl Schmitt. En primer término lo siguiente: si no se puede decir nada del "otro", es porque ese "otro" es también el semejante, el mismo que "yo": La conciencia de una división radical va a la par con la conciencia de una indivisión no menos fuerte: los campesinos de una vereda que matan campesinos de la vereda vecina saben muy bien que están matando a otros semejantes a ellos. De allí proviene la necesidad de simbolizar la muerte con ritos que cambian de una región a otra.

En segundo lugar, y con respecto a La Violencia social, es necesario anotar que sus repercusiones tienen que ver con el hecho de que, en una inmensa mayoría de los casos, los mismos campesinos que sufren La Violencia ejercida por gamonales, fonderos o jefes políticos, continúan a pesar de ello interiorizando una relación de dependencia frente a éstos. No solamente porque se conservan fieles a la tradición partidista con todo lo que ésta implica, sino también porque se mantienen dentro del marco de las relaciones de dominación preexistentes. En este punto podemos remitirnos a la narración que hace E. Caballero Calderón en *Siervo sin tierra*.

¿Cuáles serían las implicaciones de estas breves anotaciones?

Primero. Esta triple relación —con el otro, con el semejante, con el superior— significa tanto la desarticulación o el desdoblamiento de la personalidad del actor (el "yo" en relación con un "otro" que es su semejante) como la desorganización de los actores constituidos.

Segundo. En muchos casos no se puede distinguir en las prácticas de La Violencia entre aquello que pertenece a lo económico, a lo social o a lo político. Estos tres elementos se encuentran profundamente intrincados

entre sí. No obstante, en contraste con esta intrincación La Violencia conduce a una disociación más fuerte que nunca entre lo social y lo político, cuya razón está en el hecho de que la única identificación que subsiste es la que ofrecen los partidos.

Tercero. La violencia llega a convertirse en la esencia de las relaciones sociales y del campo político, y a ser percibida como tal. La Violencia no es solamente un conjunto de hechos. Es la manera como se concibe lo social y lo político.

Cuarto. Tomar como punto de partida para el análisis de La Violencia la frase de Carl Schmitt es asumir un punto de partida abstracto. No obstante es necesario valorarla en su justa medida: se trata de abrir un camino hacia la comprensión del universo imaginario de La Violencia. Se trata igualmente de abrir un camino que no sea el mismo de las estrategias conocidas de los actores visibles —políticos, etc.— sino hacia la violencia con todas sus contradicciones.

Quinto. En el proceso de la violencia surgen, como es sabido, grupos organizados: guerrillas, bandoleros, etc. Generalmente son estos grupos los que son objeto de estudio. Nos parece igualmente importante analizar el otro aspecto, es decir, el proceso de desorganización de las organizaciones pre-existentes, y su repliegue sobre estrategias individuales de supervivencia.

CONCLUSION

Al principio de esta conferencia hemos hecho mención al problema de saber hasta qué punto se llega en los años treinta a una institucionalización de lo social y de la democracia. Hemos mencionado las limitaciones que caracterizaron este proceso en Colombia, e igualmente, la imposibilidad de constituir una imagen simbólica de la unidad de lo social y de sus divisiones. Nos hemos referido también a la manera como llegó a prevalecer una visión de las instituciones como producto de una correlación de fuerzas.

Lo anterior no significa que esté en nuestra intención el querer establecer una línea de continuidad entre los años treinta y los años de La Violencia. Por una parte, es un hecho que existen elementos a partir de los cuales es posible pensar cómo, en la visión de lo político, la violencia ya se encontraba presente desde el principio. Sin embargo, no nos queda duda alguna de que, a pesar de todo, en 1945 se produce un corte con lo anterior.

El problema habría que plantearlo mas bien de la siguiente manera: Si hubo un corte en 1945, hasta qué punto es posible pensar que después de La Violencia hubo un nuevo corte que ha permitido olvidar en el país todo aquello que ocurrió durante el proceso de La Violencia. Nos parece que han existido estrategias del olvido, una de las cuales es la que ha sido impulsada a través del Frente Nacional.

Quedaría aún pendiente la pregunta acerca de la manera como el Frente Nacional, inconcebible sin la violencia anterior, se ha apoyado sobre formas atenuadas de violencia.

Quedaría por preguntarse igualmente si las nuevas representaciones que aparecieron con La Violencia (lo político como violencia, lo social como violencia) no han tenido una persistencia mucho mayor de lo que habitualmente se supone. Sabemos por otras experiencias históricas que los traumas colectivos pueden generar olvido en la generación que los sufre, pero que su recuerdo puede reaparecer en la generación siguiente*.

* La composición del texto ha sido hecha sobre la base del manuscrito original por Jesús Alberto Valencia G. del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

NOTAS

1. En SANCHEZ, Gonzalo y Ricardo Peñaranda. *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. CEREC, 1986, pp. 41-46.
2. Ver LEAL, Francisco. *El agro en el desarrollo histórico de Colombia*. Edic. Punta de Lanza, 1977.
3. "Penser la révolution dans la Revolution Française". *Annales*, mayo - abril de 1980, p. 336.
4. SCHMITT, Carl. *La Notion du Politique*. Ed. Ramsay, Paris, pag. 67. La traducción de esta cita ha sido hecha de la versión francesa del texto de Schmitt. Presenta serias dificultades de traducción al español que han sido discutidas directamente con el profesor Pécaut. No hemos podido contar desafortunadamente con la versión española del libro citado (nota del editor).
5. *Sangre y fuego, testimonio de la tragedia boyacense*. Bogotá, Editorial Kelly, 1949, pp. 60-72.